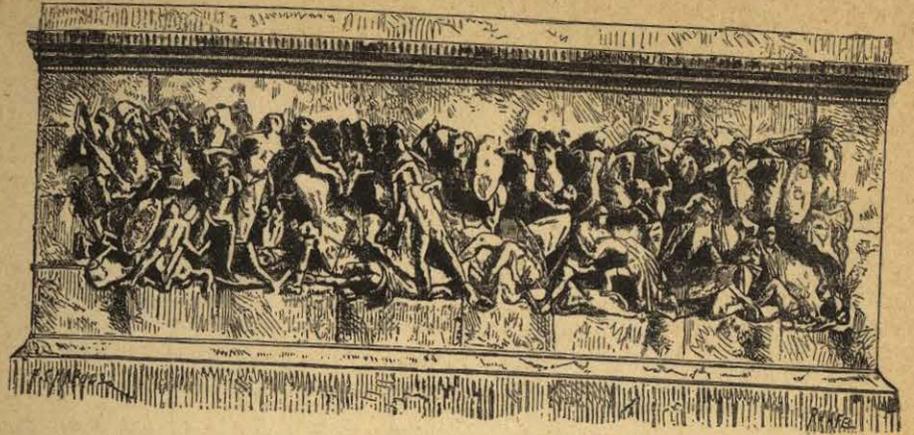


comenzaba de seguro aquella oposición abierta entre la filosofía y la política, en cuyos combates habían de cometerse tantos crímenes y por cuyas incidencias habían de generarse tantas tragedias. El pensamiento tiende de suyo á la realidad. No podían decirse tantas cosas sin que alguna se condensara en tormenta y culebrea en asoladoras centellas. Esta oración fúnebre de Catón traía mucha cola. Gentes de acción varias creyeron que no estaban en el caso de reducirse á discursos y necesitaban proceder con mayor actividad y modificar en las llamas del pensamiento las tristes realidades del Imperio. Así el día mismo en que fué ascendido al trono el nuevo César, se urdió contra su poder y su gobierno una conspiración. Pero volvamos al despojo de Claudio.



CAPÍTULO II

LOS FUNERALES DE CLAUDIO

Cuando volvió Nerón de recibir las sendas sanciones, dadas á su poder y á su fortuna por pretorianos y senadores, como el primer y más natural reconocimiento de su autoridad fuera pedirle la consigna, ó sea la formularia frase para la guarnición, llamada entre nosotros santo y seña, pidiéronse en efecto los guardias y dió esta con toda reflexión: «Al modelo de madres.» Verdaderamente no se puede urdir una conspiración palatina con tanto acierto y perseverancia como la ultimada ya por aquella emperatriz formidable, que unía con los arrebatos propios de una sensibilidad exaltada las matemáticas operaciones de un sereno raciocinio. Pero si había en realidad sido la mejor de las madres por montar un trono, como aquel elevado á las plantas ya del hijo de sus entrañas, no la movió en tanta empresa el amor á éste, la movió el amor á sí misma; y no fué Nerón emperador para imperar por sí, lo fué para que imperara en su nombre quien estaba por ley de naturaleza más cerca de él, y hasta cierto punto más sobre él en la tierra: su amorosa madre. No se necesitaba pertenecer á los adivinos y á los astrólogos para presagiar, desde los primeros momentos de aquel reinado,



Agripina laureada
(moneda de oro)



Agripina y Nerón
(moneda de oro)

que amenazaba un conflicto entre quien poseía de nombre y por honor el imperio y quien lo detentaba y lo mantenía para su personal goce y su particularísimo provecho. En los primeros instantes de su exaltación al trono, cuando el sensual muchacho lo contemplaba ya bajo su dominio, al considerarlo copiosa suma de placeres sin cuento, el afecto de gratitud á quien le procurara satisfacción tanta debía predominar sobre todos sus afectos y tenerlo como embobado de gratitud y rendido á la obediencia de una madre cual aquélla, tan solícita en el bien y grandeza de su hijo. Mas bien pronto á la satisfacción de haber obtenido el imperio debía subseguir la necesidad de poseerlo, necesidad solamente satisfecha con usarlo; y al ocurrir á esta necesidad, natural en quien tiene una propiedad cualquiera, el cuitado había de hallarse con que le dejaban el nombre y el honor, pero no le consentían el usufructo. Dueño de la tierra, y pupilo; un dios en público, y en privado un siervo; con la tierra y la humanidad á sus propias plantas, y tendido en guisa de lebrél hermoso bajo ajenas plantas; el cetro un juguete de niño, la corona un arreo de teatro, el trono un escenario, el poder una ilusión: ¡ah!, esto no podía consentirlo de modo alguno, dadas las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestra vida, el último, no ya el primero, de los hombres. La guerra se había, pues, de suscitar por fuerza, y la catástrofe consiguiente había de sobrevenir por una lógica y suprema consecuencia de todos los hechos ya conocidos del hijo y de la madre. Mas en la hora que corre de nuestra relación y en el instante crítico que historiamos no se notaba nada de esto, no. Todos los personajes con papel en la tragedia hecha por el destino sentíanse gozosos y se jubilaban á una en este goce y gozo connaturales á la fase aquella de su espíritu y al estado aquel de su existencia. Celebraba la feliz Agripina su victoria; celebraba Nerón su imperio; celebraba el taimado Vitelio los aumentos de su poder y de su influencia; celebraba Séneca la ocasión de fundar un gobierno estoico por medio de su coronado discípulo predilecto; celebraba Persio la muerte de un déspota sin preguntar su nombre, porque los odios suyos se concentraban todos sobre la institución del despotismo; celebraba Lucano la vuelta de su República, porque nunca el vencido por su amor y culto á los grandes ideales pierde la fe viva en

su idea, y como no pierde la fe viva en su idea, no pierde tampoco la consoladora esperanza. Los dos únicos seres desesperadísimos entre los demás tan bien hallados con la suerte deparada por el destino en aquel momento á cada cual de ellos, los dos únicos eran Octavia y Británico. Esposa Octavia del joven asesino moral de su padre, y esposa desdeñada; nuera de la horrible parricida que se atrevía en su artero disimulo á festejarla y acariciarla con las manos mismas que habían mixturado en las alquitaras de Locusta y vertido en las setas del festín aquellos venenos corrosivos; á mayor abundamiento y para más dolor abandonada del marido que la tomó por fuerza para cohonestar su ascensión al trono y mostrar cómo le había llevado en la canastilla de novia la corona de Claudio, no tenía más remedio que recluirse dentro de un gran silencio y mostrarse, si no conforme con su triste suerte, á su triste suerte resignada, como una estatua llorosa puesta sobre antigua sepultura ó como una protagonista de cualquier tragedia clásica, entregada por completo á merced y disposición del destino. Todo lo contrario de Octavia Británico. Éste sentía lo irreparable de su desgracia, nacida de su orfandad, y trataba de remediarla, si no con actos, con protestas, combatiendo á más y mejor, aunque sabía con seguridad que al término del combate se hallaba la ruina y la muerte. Mas debe decirse para su honra, como alivio y compensación á su desgracia, que la cadena de aquella esclavitud, soportada con tal dignidad, no se le había, como á tantos infelices, metido en el tuétano de sus huesos y que bajo la pesadumbre de sus hierros no se habían paralizado hasta la inmovilidad su conciencia y su albedrío. Creyósele un día empujado por las artes y las artimañas del difunto Narciso, matador de su madre Mesalina y providencia del mozo á quien había hecho huérfano; mas acabado ya el fidelísimo liberto y con él sus innumerables medios de resistencia y de combate, continuó Británico perseverantísimo en defenderse, y opuso una rebelión más ó menos franca, pero continua y tenaz, al criminal despojo de su corona y á la triunfante usurpación de su derecho. Con esta continua guerra del despojado y de



Nerón laureado

los despojadores, echada en medio del conflicto que habían de suscitar las posiciones diversas de Nerón y Agripina, el drama iba tomando proporciones épicas y surgiendo á cada paso conflictos, los cuales se desenlazaban siempre por un crimen. Pero continuemos la narración.

Exaltado Nerón al trono, ya no quedaba otra cosa que hacer sino venerar al muerto. Agripina ocurrió con diligencia y cuidado á este deber, creyendo así ocultar su patente crimen y extraer de las honras á su esposo autoridad para sí. Repitiéronse por ende los funerales de Augusto. Así duraron siete días. Lo alto del Palatino sirvió de catafalco al cadáver. Un lecho de marfil y oro lo contuvo. La más rica púrpura de Tiro lo envolvió. Vaciáronlo en cera con tanto artificio que parecía vivo. Esclavas sirias con abanicos de Asia espantábanle las moscas. Senadores envueltos en sus nobles péñulas sombrías lo velaban. Hacían de plañideras las matronas patricias, vestidas de blancas estolas. Unos médicos, pagados para ello, contaban la muerte, atribuyéndola con insistencias grandes á natural indigestión. Soldados vestidos con atavíos dignos de Babilonia y de Menfis por su oriental riqueza montaban guardia numerosísima. Tras esta exposición del cadáver vinieron las procesiones antecedentes á su cremación. Los cónsules alzaron el cuerpo y lo recibió el Senado sobre sus espaldas. Una estatua de oro abrió el cortejo, y un Triunfo, representado por la efigie de Claudio en carro triunfal volviendo de Bretania, seguía tras la preciosa estatua. Iban junto á estas apoteosis los predecesores del difunto, reproducidos en simulacros de materias diversas y conducidos en andas. Tras los predecesores y abuelos ondeaban estandartes sinnúmero con los nombres en sus centros de las victorias obtenidas y de las leyes dadas por Claudio. Tras estos estandartes gloriosísimos, coros fúnebres, compuestos por patricias y patricios, cantando en músicas y versos cortesanos la glorificación del despotismo y la ignominia de su propia clase. Tras los coros el Senado, el ejército, las magistraturas, el pueblo. Inmensa la procesión que, después de haber bajado la cuesta palatina y parándose algún espacio en el Foro y pasado so los medios puntos de la Vía Flaminia, tan majestuosa, llegó á la explanada del Busto, ceñida toda ella de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y aromados, á cuyo alre-

dedor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en los puños, tres la multitud vertiendo aromas, tres Nerón, quien, acercándose antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se difundieron por los aires y lluvias de ceniza se precipitaron sobre la tierra, saliendo entre las llamas águilas que llevaban las insignias imperiales de oro puro pendientes y parecían destinadas á transportar al empiro para divinizarla el alma de tan gran muerto, convertido por la bajeza de los sobrevivientes en una especie de nuevo dios hecho y derecho. Pero faltaba lo principal del caso, faltaba que una voz elocuente y amorosa dirigiese allí mismo la indispensable apología de un difunto tan excelso y consagrarse una tan beatificada memoria. Para esto habían apercibido y preparado la voz de Nerón; y cuanto esta voz debía decir lo escribió de antemano con todos sus énfasis en sus tablillas el gran Séneca y lo decoró con todos sus artificios el joven emperador en su memoria, que lo dictaba con suma fidelidad y prontitud á los labios. Observa Tácito cómo el primer César dado á recitar oraciones ajenas fué sin duda Nerón. Notaban, dice allá en el décimotercio libro de sus Anales el gran historiador, notaban los viejos, quienes en sus ocios comparan siempre lo pasado con lo presente, cómo Nerón fué el primero en valerse de la elocuencia ajena. El gran César emuló con los oradores antiguos y fué tan diestro en decir como en pelear; Augusto hablaba con sencillez natural, como cumplía realmente á un príncipe de su habilidad soberana; Tiberio así empleaba la varonil habla de los maestros en la frase como las ambigüedades finas de los políticos en el consejo; y si Calígula calló, enmudecido á la poquedad del entendimiento y al desvarío de la fantasía, en cambio Claudio, tan torpe y zafio en la conversación particular, desilada é ilógica, solía en público hablar muy á derechas, con propiedad, con dialéctica y hasta con elegancia. Pero Nerón cantaba, componía versos y música, danzaba como el último de los bailarines, jugaba como un tirador de dados, cabalgaba en ejercicios de continua equitación, tiraba la pelota y los bolos, hacía equilibrios de titiritero, representaba como un actor de oficio, recitaba como un retórico de afición, corría como un corredor de apuestas, toreaba y tocaba las castañuelas; pero no sabía componer un discurso. Cuando Agripina le

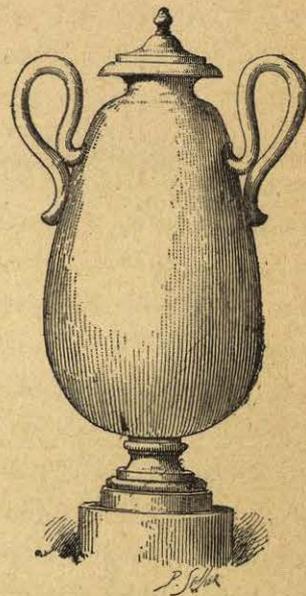
dió encargo tal á Séneca, debió éste reirse de sí mismo, puesto que nunca le habían pasado por el magín, durante todo el reinado de Claudio, más que conceptos vejatorios y caricaturas grotescas del dichoso emperador, tan herido por esto que nunca le perdonó, consintiéndolo en palacio tras muchas resistencias por mera servidumbre á la voluntad omnímota de su caprichosa mujer. Pero no había más remedio que faltar á la verdad ó morir, y Séneca faltó á la verdad por amor á la vida y por necesidad imprescindible, así de conservar su amistad constante con Agripina, como su espiritual tutela sobre Nerón. No se reiría, repito, poco para su capote aquel redomado filósofo, mientras decía su discípulo imperial estas engañosas aprendidas frases como un vocero cualquiera y como un recitador de ajenos versos y ajenas oraciones. Sin embargo, debe decirse con verdad, en honra y alabanza suya, que había penetrado en su medula el arte imperial de completa decadencia, consistente de suyo en la recitación muy sencilla y muy natural de lo pensado y de lo sentido por otro, cual si su misma persona lo pensara y lo sintiera por una sugestión interna del espíritu exaltado. Y dijo así Nerón:

«Disipado el cuerpo mortal de nuestro César y señor, no se disipará en modo alguno su memoria, que todos nosotros guardaremos como una religión de nuestras almas, y que guardarán los anales romanos como una gloria de estos sus más ilustres tiempos. Legislador consumado, ningún otro ha sabido dar leyes tan perfectas, ni acometer tan profundas reformas. Aunque sólo hubiera promulgado el rescripto emancipando los esclavos enfermos á quienes abandonan sus amos, bastaría este beneficio, por nadie demandado más que por su propia bondad, para inmortalizarlo. Mirad en las efigies que ha cincelado en piedra el arte, así como en los recuerdos que ha cincelado en cada corazón el agradecimiento, su rostro, y lo encontraréis lleno de altísima nobleza. Es verdad que tiene un tinte muy triste; pero es el reflejo de un alma muy grande. Nunca le faltó la majestad, como si la Naturaleza hubiera querido, desde que lo engendró en sus entrañas, apercibirlo al sumo Imperio. Si muchas veces solía descomponerse cuando montaba en cólera, bien pronto recaía en una calma parecida por lo sublime á la del mar sereno tras la encrespada tormenta. Si otras veces temblaba, nunca fué al miedo, siempre fué al sacudimiento de las ideas

altísimas y de las pasiones exaltadas. Alta la frente, amplio el seno, abovedado el cráneo, aguileña la nariz, desmesuradísima la boca como quien fluye ideas, grandes las orejas y abiertas á todos los soplos del espíritu, largo el cuello, blanquísima la cabellera, nervudos los brazos, fuerte la fibra, durísimo el hueso, sólido el tuétano, parecía un dios modelado por Grecia en las canteras de Paros. Y su natural interno consonaba tanto con su complexión moral cuanto con su inextinguible inteligencia. Muchos de los enemigos, eternamente suscitados al genio por la envidia, le dieron en rostro con su afán de asistir á los tribunales y su hábito de dictar sentencias. Pero esto, en último resultado, demuestra lo mucho que se desvivía por todos los ciudadanos y cuánto le interesaba el bien particular de cada cual de sus vasallos. Designado un pleiteante para juez, declara tener necesidad de abogar por sí en un pleito. «Aboga—le dice Claudio—y veremos en el juicio que formes de lo tuyo cómo juzgas y aprecias lo ajeno.» Nunca se acordaba en el tribunal de que fuera emperador y siempre se creía juez. Un acusado arrojó cierto día, en raptó de rabia natural, á su frente las tablillas donde apuntaba sus descargos, y cuando todos aguardaban que por aquel desacato lo entregase al verdugo, Claudio lo entregó á los abogados, diciendo que todo debe perdonarse á quien sufre persecuciones ante los tribunales, y que un magistrado debe acompañar la justicia con la bondad. No se movía de su asiento, y cuando un abogado informaba de prisa, por creerle cansado, asegurábale cómo creía que acababa de comenzar en aquel momento. Su desvelo por el pueblo llegaba hasta enterarse de todo cuanto se guisaba en los ínfimos tugurios y á procurar que no faltase carne y pan en hogar ninguno. Cuando se trataba de construir no era menos ducho y menos hábil que cuando se trataba de juzgar, y en materia de arquitectura campeaba cual en materia de legislación. Sólo con sus leyes podrán compararse sus monumentos. Y estos monumentos jamás fueron templos consagrados á su orgullo, sino verdaderas obras de utilidad general. Puentes abrazando las apartadas orillas de los amplios ríos, puertos requiriendo las naves de todos los climas, faros como el célebre de Alejandría que esclarecen las riberas de Ostia y las marismas de Ravena, acueductos inmensos merced á los cuales Roma y sus innumerables habitantes se bañan á diario, acequias

abiertas, lagunas desecadas, minas puestas á flor de tierra por la explotación maravillosa de sus filones, caminos para unir los extremos del Imperio, las legiones que siembran ruinas y muertes trocadas en bandadas de trabajadores, el mundo pacificado por el derecho, los altares al culto restituidos, he ahí cuanto debemos al gran emperador que lloramos. Ved el Circo redorado, los monolitos egipcios traídos del desierto y levantados á la entrada del templo de Augusto, la estatua colosal del Padre de los dioses colocada en los vestíbulos del teatro Pompeyo, el célebre lago Fucino que nos envenenaba los aires con sus miasmas devuelto á Ceres que lo corona con sus espigas, los arcos recordatorios del triunfo sobre la brumosa Bretaña, el agua Claudia refrescando nuestras fauces y curando nuestros cuerpos; ved todo esto y decidme luego si, más que dolernos de su ausencia, no estamos en el caso de tomarlo por una divinidad que acaba de llegar ahora mismo al seno del Olimpo. Y sus rescriptos igualan á sus monumentos, porque protegen la inocencia, y abrogan los sacrificios humanos en las selvas druidas, y mejoran la condición del siervo, y alejan los criminales de Roma, y previenen los incendios, y facilitan la popular alimentación, como su política venga en grandioso desquite la rota infligida por los alemanes á Varo, humilla el orgullo de la Gran Bretaña sometiéndola tras una larga serie de triunfos al yugo romano, civiliza las dos Mauritánias incorporándolas al Imperio, sujeta las gentes vencedoras de Craso en Asia, recibe los homenajes de aquellas tribus gobernadas por Mitrídates que mil veces nos hicieron frente, y desde la blonda tierra de los bosques hasta las inaccesibles montañas de Armenia extiende las dos alas de nuestra grande imperial águila y el poder de nuestro áureo cetro. Y no se contentó con dar tanto que decir á la historia y tanto que hacer á la corte: cogió el estilo de los historiadores, y contó los hechos con aquella misma grandeza en escribirlos que tuviera en ejecutarlos. Pero ¡ah, romanos!, antes se gastarían las tablas de bronce guardadoras de todos estos hechos en retenerlos y conservarlos que yo en referirlos y vosotros en agradecerlos. Hora es de que coronemos todo lo hecho estos días en loor de Claudio con aquello que más debido me parece, con la proclamación de su divinidad. No es Claudio un César, Claudio es un Dios.»

Mientras Nerón pronunció estos discursos reinaron afectos opuestos en el auditorio. La parte del pueblo, mejor y más sincera y más ingenua que la parte del privilegio, no obstante la perversión universal, tomó lo dicho como corriente moneda y creyó á Claudio una especie de divinidad mayor, viendo su alma en el horizonte parecida de suyo á esos cometas que lucen hasta con el sol de mediodía y que misteriosamente destacan su cola, inesperados y súbitos, en la luminosa inmensidad. La parte que llamaremos del privilegio, para encerrar tantas categorías diversas en una sola denominación, senadores, caballeros, patricios, magistrados, políticos de todas categorías, parte más picada por los enconos adquiridos en el combate diario y más corrupta por la gangrena que condensa y acumula el despotismo en los ánimos, se burló con acres sonrisas, como las propias de los genios malos, y con silbidos casi ahogados é imperceptibles como los que lanzan las serpientes atiborradas y hartísimas en sus ocultos nidos. Signo de los tiempos: quien más se burlaba de la oración fúnebre aquella era el mismo que la compusiera, el redomado Séneca. Lo relativo á una política de la cual sólo había sacado el destierro, le hacía desternillarse de risa, que algunas veces significa la más patente manifestación de afecto á ella tan opuesto como la rabia. Únicamente Agripina se mostraba en conformidad con las loas, porque le parecían propias á engrandecer su augusta persona y á prosperar sus ambiciosos proyectos. Con darle de prestado al mártir la naturaleza divina, créalo compensadísimo de la muerte violentísima que le había hecho apurar en un plato de setas y del dolor horrible que le había traído la postrer agonía terriblemente agravada por las precipitaciones é impacencias de rematarlo como á toro temido. Lo cierto es que aquella mujer arterísima, concentrada largo tiempo en el propósito de matar á quien le diera un trono á ella y exaltara el hijo de ella con manifiesta imprevisión á los cuernos de la fortuna,



Urna cineraria

sólo por agradarla y complacerla, crimen del cual no creemos capaz á la humanidad aun en sus mayores y más exacerbadas perversiones, extraña de lo más abominable á la conciencia lo más útil á su imperio. Y después de haber acabado con Claudio, como en cualquier matanza rural se acaba con un cerdo, transmutábalo en augusta divinidad y poníalo entre los dioses mejores, agotando entre las increíbles apoteosis á su personalidad las loas de todos los himnos, las humaredas de todos los inciensos, las genuflexiones y las plegarias de todos los supersticiosos, los esplendores de todos los cultos. Y así hacía asesino con ella, ó cómplice de sus asesinatos, al cielo que la maldecía en aquel momento mismo y que preparaba para inmediato plazo su justo é inevitable castigo. Pero se pierde por tal manera en las alturas todo asomo de conciencia y se gastan todas las capacidades para el remordimiento, que, al revés de cómo las usan los criminales ordinarios, quienes huyen de sus víctimas y no pueden resistir la vista de sus restos, Agripina jugaba con los huesos del marido asesinado por creerlos como sustentáculos de su poder y como astillas de su cetro. Así, no se habían acabado los funerales, cuando ya se hallaba con toda solemnidad apercebido el ceremonial indispensable á la inverosímil apoteosis de Claudio y á la erección en su honor de un templo como pudiera tenerlo cualquier Júpiter de los muchos adorados en las liturgias con varias denominaciones. La costumbre de divinizar los emperadores provino del Oriente y la extendió por Occidente Grecia el día nefasto en que perdiera sus libertades históricas y penetrara por todos sus poros el espíritu asiático, encerrado en el despotismo como en las podres de las corruptas marismas los miasmas de las fiebres tercianas. A la Grecia libre no se le ocurrió divinizar ninguno de los héroes y de los oradores y de los poetas y de los filósofos y de los artistas que debían á ella divinizarla, y á la Grecia esclava, pasando por el horrible período de la decadencia, se le ocurrió divinizar los tiranos idos á su trono para perderla y deshonrarla. Macedones, romanos, seleucidas, Ptolomeos, todos cuantos representaban la tiranía y la conquista obtuvieron altares como los altares de cualquier dios, y campearon, tonantes y resplandecientes, sobre las aras perfumadas de mirra é incienso, como si hubieran realmente subido al Olimpo. Y lo mismo que en Grecia pasó en Roma. Los héroes del

gran período republicano jamás tuvieron quien les concediera una de estas apoteosis imperiales, ni quien les consagrara estos serviles templos: humanos y únicamente humanos de suyo, no divinos como los déspotas, sólo aspiraban á los premios por la humanidad disponibles, al agradecimiento de sus conciudadanos y al aplauso de la historia. Pero así que tras las dictaduras de Sila y Mario sobrevinieron los desmayos de la libertad y los eclipses de la República, sobrevinieron las apoteosis de los vencedores hasta en las porfías más deshonrosas y por las causas más injustas. El definitivamente divinizado fué á la postre también el definitivamente déspota, fué Julio César. La falta de costumbre hizo que se comenzara declarándolo semidiós, y la sobra de vileza que se concluyera declarándolo dios hecho y derecho. En continuación de tamaños homenajes pusieron á Augusto junto á Quirino como celestial protector también de la Ciudad Eterna. Bien es verdad que los precursores del cesarismo dieron á los césares el mal ejemplo vistiéndose de Neptuno con patillas de alga y tridente de oro y carro de corales el buen Sexto Pompeyo; de Baco ebrio, por pámpanos ceñido y esgrimiendo el tirso como sonando los crótalos, el audaz Antonio; por lo cual no debe maravillarnos constituyera una especie de colegio astrológico en torno suyo Tiberio, y mandara Calígula matar á quien se olvidó de la divinidad congénita con aquel esposo de la Luna sobreponiéndole la persona de Júpiter, y que Livia, la madre de Tiberio y abuela de Agripina, se viese adorar como Rhea, como Vesta, como Ceres, como las diosas más puras, en los altares más excelsos, á título de madre del universo, legando ese funestísimo ejemplo á su nieta, que fué del universo entero, no de sus entenados solamente, una implacable madrastra.

Agripina divinizó á Claudio, porque así le pasó por la mollera, no diremos que por el moño, y le dedicó un magnífico templo. Y bien pudieron agradecerle todos los romanos que no divinizara á su esposo y no se divinizase á sí en vida; pues de haberlo pensado, hiciéralo como lo pensaba, por aquello de ser ley constitutiva del mundo romano la voluntad suprema del César divino. Así no se andaba en bromas promulgando tal culto; pues lejos de quedar encerrado en el templo, salía por todos lados á la calle y entraba por cien abiertas rendijas en las costumbres. Había que certificar la

verdad jurando por Claudio. El simulacro y efigie de éste pedía una reverencia como la prestada de antiguo á las estatuas de los dioses. Cualquier criminal podía refugiarse dentro del templo claudiano en la seguridad completa de que nadie á la ropa le tocaría por haberlo declarado sacratísimo refugio la voluntad soberana de su viuda, mantenida por un voto solemne del Senado. Hubo así órdenes ó cofradías compuestas por los devotos del emperador, con sus reglas correspondientes y sus deberes litúrgicos. Agripina quiso que entraran en la orden claudiana principalmente los jurisconsultos y los poetas. Y en congruencia á una tal apoteosis como esta, constituía un culto y una religión aparte. Así la efigie de Claudio, coronada con aureola de rayos, apareció en las monedas, y en las pompas circenses ponían su estatua sobre colosal asiático carro, de que tiraban cuatro elefantes. Cuatro suertes de juegos acompañaron desde su fundación las liturgias imperiales. Fué una de estas suertes el juego dado por los pretores en el natalicio de los divinizados, puesto entre las fiestas principales por el calendario religioso. Fué otra suerte, la segunda, aquella organizada y mantenida por los cónsules, como la primera por los pretores. Otra suerte, la tercera, quedaba de suyo á los senadorés, que las daban en el Palatino y las prolongaban por diez días. La cuarta, ó última, se remitía completamente al cuidado de los césares, por lo cual se llamaban fiestas palatinas, y únicamente se invitaba y recibía en ellas á personas de primera calidad. A esto se unían los jubileos y peregrinaciones, que se verificaban anualmente, y consistían en visitar fuera de Roma, por Alba y sus alrededores, el santuario de la dinastía Julia, es decir, de la dinastía imperial. El colegio sacerdotal destinado al culto se componía de sacerdotes sacados á suerte por la casualidad entre las primeras clases del Estado. Había, sin embargo, sacerdotes honorarios elegidos con toda solemnidad por el Senado. Llamábanse flaminios augustales claudianos los adscritos á mantener viva la llama del sacrificio consagrado al emperador. Hasta los vestidos tenían que participar de estos rituales, que se dictaban, no sólo en honor de los emperadores, en honor de las emperatrices, muchas de las cuales no se contentaban únicamente con ser sacerdotisas de sus maridos muertos, como lo fuera de Claudio Agripina; querían ser también diosas. La madre de Nerón aprobó solemnemente los planos del

templo concebido para honrar á su esposo; recabó de la curia senatorial un decreto para la fundación de este monumento, pues lo necesitaba por un artículo de la ley papiria; convocó al pueblo por un edicto para que realizase la consagración del sitio destinado al nuevo culto y al nuevo dios; presidió con todo género de pompas litúrgicas una procesión inacabable que llevaba consagraciones religiosas en ofrendas y en presentes y en símbolos de todas clases; oró largo espacio en meditación acompañada por suave música y coros sonorísimos; inmoló por su propia mano en aras de relucientes mármoles todas las víctimas demandadas por las tradiciones latinas, y luego declaró dios á su marido y se declaró á sí eterna sacerdotisa de tal dios.

En cuanto se concluyó la ceremonia, repitióse lo mismo que tantas veces viéramos en las incidencias de esta historia, las reuniones de los retóricos y de los filósofos y de los poetas para criticar los hechos que habían ellos perpetrado y maldecir de las personas que habían ellos sin medida engrandecido. Séneca, rencoroso de suyo, y por rencoroso incapaz del perdón y del olvido, connatural á la generosidad, comenzó con bromas y burlas muy celebradas y aplaudidas por sus cofrades, cómplices suyos en servir la dinastía imperial y denostarla. «Creo, decía Séneca, que cuanto más elevamos al cielo nuestros señores, menos estamos entre los humanos y con mayor descenso caemos en el mundo animal. Desde que Claudio aparece como un dios, aparecemos nosotros como un rebaño. Y este dios habrá entrado con mal pie, por lo menos habrá entrado, como buen cojitranco, balanceándose, cual un borracho, á los desniveles producidos por la cojera. Como en el cielo no hay más que inmortales, no podrán destinarlo á enterrador, oficio muy cumplidero para sus alcances, pero sí á vigilante de la Vía Apia, donde campeen los emperadores como Augusto y las princesas como Drusila que le han precedido en la divinidad. Le creíamos una calabaza de dura corteza y nos sale astro de primera magnitud. Y el caso es que ignoro á cuál hora del día y de la noche se ha cumplido esta metamorfosis ignorada de Ovidio, porque siempre fué cosa más difícil poner de acuerdo los filósofos en un mismo pensamiento que los relojes en un mismo minuto. Nadie ha sabido el instante de su natividad; y cuando el infeliz hubiera dejado su alma,

como cualquier excremento, en el estercolero, le obligan á deponerla en el Olimpo. Así murió sobre una mesa y entre cómicos que representaban obscenas fábulas. Su postrer aliento no se le huyó por la boca, por lo contrario y opuesto á la boca. Cuando Júpiter le ve llegar tirando de su pierna y le pregunta, no ya de dónde llega, de dónde es, imposible que nuestro padre celestial se enterase de la respuesta, porque no habla ninguna lengua el cuitado recién ido á la olímpica corte. Así tuvo Júpiter que llamar á Hércules y decirle clasificase aquel animal. Cuando á éste vió, tomóle por un buey viejo y cansado, como cuando le oyó, por una foca en rabia. Entre monstruos marinos únicamente podía darse un tiburón como él. Por fin, rompiéndose los sesos, averiguaron su cuna y vieron que se llamaba ésta Lyón, siendo así un galo destinado, cual sus predecesores, á tomar la Ciudad Eterna. Por ende los dioses le trataron poco más ó menos que lo trataban los esclavos y los extranjeros, á quienes favorecía con dádivas, cosechando de sus larguezas todo género de burlas. No sabían cómo colocarle, ni qué patronato reconocerle, ni qué facultades atribuirle, por incapaz de todo é inhábil para todo. No podía ser dios de ningún oficio, cuando carecía de aptitudes para ello y de toda competencia en las artes y en las industrias humanas. Así Jano quería echarlo de sus divinas asambleas por posma, y Augusto por poltrón, y Júpiter por fratricida, y Vulcano porque no hubiera dos cojos en la corte celestial, y Mercurio por mal abogado; pero, al fin, Roma lo divinizó por el único título de alguna validez que tenía, por pura calabaza.»

Tales poco más ó menos las facecias de Séneca sobre Claudio. Y mientras el filósofo lo ponía en ridículo, Británico amargamente lo lloraba y de su muerte con verdadero dolor se plañía, huérfano y solo, entre aquellos despojos y fragmentos de un verdadero naufragio. Acompañábale su hermana Octavia, dada en prenda inocente á las voraces ambiciones de Agripina y á los feos apetitos de Nerón, sin que pudiera satisfacer aquéllas ni saciar éstos, porque tan horrible legión de males no descansó, á pesar de las carnazas que le habían dado para dormirlos, hasta tragarse al infeliz emperador, tras desvestirlo de su púrpura, que toda la tierra envolvía, siendo tan extensa y grande como el cielo. Consideraban uno y

otro todo cuanto había ocurrido y se abrazaban mutuamente como queriendo flotar juntos y unidos sobre los amargos oleajes que los rodeaban y no estrellarse contra los escollos extendidos por todas partes que les oponían sus filos cortantes y sus horrorosas estrias. Consideraban lo hecho con el padre amado á quien debieran la vida, y sabían como todo ello lo maquinaran, después de haber conluido con él á la sombra del propio trono, bajo cuyo amparo las cobijó, para concluir con sus hijos, abrasados en los rayos de su aureola celestial y en las llamas de sus sacrificios litúrgicos, por Agripina presentados á Claudio para explotarlo allende la muerte suya como lo habían explotado en vida. El esposo que habían dado á Octavia no estaba unido con ella por el amor, cual todos, sino por una cadena tirante á justificar su imperio, como la que puede poner el cazador al perro de caza, que le husmea, le persigue, le asalta, le asedia, le rinde, le mata, le trae una presa, la cual no se comerá quien la rindiera y captara. En cuanto á Británico, ni aun para eso podía servir el cuitado; Británico puramente quedaba de obstáculo, vencible á cualquier precio, en cuanto se presentase y surgiese la menor dificultad. Su desgracia era tan enorme y su destino tan adverso que no le quedaba dentro de la corte ningún partidario, inmolido aquel Narciso á quien había tenido que acogerse, no obstante haber asesinado á su madre, para ver si por su intercesión y por su intermedio defendía ó salvaba de algún modo y por algún camino á su padre. Pero á éste lo habían matado para ser sus asesinos césares, y luego á los hijos del muerto habíanles relegado en una soledad espantosa y en un abandono y en un silencio semejantes á los que reinan sobre las sepulturas, mientras elevaban al autor de sus días al cielo y lo ponían entre los dioses. En todas aquellas ceremonias tan solemnes, en todos aquellos tan grandes holocaustos, en los funerales del muerto, en las honras varias antecedentes y consiguientes á estos funerales, en las festividades múltiples, todos los romanos representaron algún papel y tuvieron alguna parte; los únicamente proscritos fueron los dos revestidos de su carne y animados por su sangre, naturales y legítimos herederos de sus prerrogativas y de sus privilegios. Todo el pueblo romano había conocido esta injusticia y echado de ver esta crueldad; pero la cobardía debilitaba tanto los ánimos, que nadie apuntara una pro-

testa. Así los dos hijos de Claudio estaban heridos de muerte y sentían al partido el escozor de su herida. Mas cada cual, para defenderse y salvarse de algún modo, seguía lo más imperioso que hay en la naturaleza, el mandato imperativo de la complexión connatural á su correspondiente sexo. Así Octavia se proponía rogar, plañirse, conseguir por lágrimas y suspiros la salvación de su hermano infeliz á quien idolatraba, mientras Británico extendía las manos y elevaba los ojos al cielo, prometiendo por sus progenitores muertos y por sus dioses lares desafiar al destino si era preciso, y si era preciso morir, pero morir combatiendo y matando. ¡Cuán desigual combate!



CAPÍTULO III

¿QUIÉN GOBIERNA?

Algunos meses han pasado tras las escenas anteriores y en su transcurso ha cogido Agripina el gobierno, dejando á Nerón el placer. Así, cuando hijo y madre se hallan reunidos en la misma estancia, la madre parece una diosa y el hijo un esclavo.

— Que promulguen, Vitelio — dice la emperatriz, dirigiéndose á este su ministro allí presente, — que promulguen mi título de sacerdotisa del emperador Claudio.

— Quedará promulgado — responde á la orden el ejecutor, especie de maniquí movido por Agripina.

— Que me designen dos lictores como á los cónsules.

— Quedarán designados.

— Que no se reúnan los senadores en el templo de la Concordia y de la Victoria.

— Se reunirán donde tú digas.

— En el Palatino y en el palacio.

— Ya sabes que las mujeres no pueden asistir á tan augustas asambleas.

— Quiero verlos en mi cuarto.

— Hágase así.

— ¡Vaya si habrá de hacerse!

— A grave disgusto estás expuesta por cosa tan baladí.

— ¡Ca!